

Alguna de las formas del fuego

Ignacio Solares

Desde sus primeros textos, la visión del mundo de Pacheco ha sido la devastación que no termina en la amargura, como podría esperarse, sino en el asombro. Hay que ver la cantidad de personajes infantiles que habitan las novelas y los cuentos de Pacheco. Y el asombro, lo sabemos, es esencialmente una condición infantil. El asombro del niño que aprehende el mundo —su mundo— al mismo tiempo que lo mira derrumbarse.

En *Los elementos de la noche*, primer libro de poesía de José Emilio Pacheco, hay un poema en prosa que de alguna manera resume la visión (¿obsesión?) esencial del autor:

El día que cumpliste nueve años, levantaste en la playa un castillo de arena. Sus fosos comunicaban con el mar, sus patios hospedaron la re verberación del sol, sus almenas eran incrustaciones de coral y reflejos.

Una legión de extraños se congregó para admirar tu obra. Veía sus panzas comidas por el vello, las piernas de las mujeres, mordidas por cruentas noches y deseos.

Saciado de escuchar que tu castillo era perfecto, volviste a casa, lleno de vanidad. Han pasado doce años desde entonces, y a menudo regresas a la playa, intentas encontrar restos de aquel castillo.

Acusan al flujo y reflujo de su demolición. Pero no son culpables las mareas: tú sabes que alguien lo abolió a patadas —y que algún día el mar volverá a edificarlo.

Como complemento al texto anterior, el personaje principal de “El principio del placer”, Jorge, escribe en su diario:

No entiendo cómo es uno. El otro día sentí pena viendo a los animales que mataba el cocinero y hoy me divertí pisando cangrejos en la playa. No los enormes de las rocas sino los pequeños y grises de la arena. Corrían desesperadamente en busca de su cueva y yo los aplastaba con furia y a la vez divertido. Luego pensé que en cierta forma todos somos como ellos y cuando menos se espera alguien o algo viene a aplastarnos.

Si esa visión de la sociedad humana como un madero es esencial en la obra de Pacheco, no lo es menos su devenir: el hombre es un ser anfibio y la destrucción se realiza sólo en uno de los mundos que habita. Basta con dar vuelta a la esquina, hojear un viejo álbum escolar o entrar en el Metro a determinada hora, para que de golpe el escenario y la representación sean muy distintos a los de todos los días; el mecanismo de nuestro reloj estalla y al mirarnos en el espejo descubrimos que nuestras facciones son, por ejemplo, las de un antiguo compañero de escuela muerto recientemente. Así las cosas, no hay más remedio que entrar en el espejo —como Alicia— e inspeccionar un poco por el otro lado.

En *El principio del placer*, terminado el diario de Jorge, viene un pequeño y bello cuento, “La zarpa” —otra vez la historia de una víctima y un verdugo que se reconcilian y fusionan en una misma desolación— que al fin de cuentas es sólo como un puente para que el libro se adentre en aguas más profundas.

Si en los otros cuentos de Pacheco —incluyendo los de *El viento distante*— los personajes eran aplastados



como cangrejos, ahora van a ser absorbidos por una corriente de aire que habitaba junto a ellos sin que se dieran cuenta. Porque los relatos están siempre asentados en un mundo concreto, tangible, y repentinamente la realidad se rompe como quien da un papirotazo a un papel de china. El acto cotidiano más intrascendente resulta peligrosísimo: en un paseo por Chapultepec (“Tenga para que se entretenga”) pueden raptar a nuestro hijo y llevárselo a alguna de las ciudades que hay debajo de la que pisamos; embarcarse (“Cuando salí de La Habana, válgame Dios”) puede voltear de cabeza al tiempo y el barco recorrer setenta años en sólo tres días de un viaje normal; basta con escribir sobre un México subterráneo, ancestral (“La fiesta brava”), para terminar accediendo a él con sólo tomar el Metro a una hora determinada. Escribir es inventarse otra cara, otra ciudad, que terminan por imponerse (por superponerse, mejor dicho, creando así la impresión de que los niveles de la realidad son una especie de escalera: bajamos y subimos constantemente, vamos de un mundo al otro con sólo pegar un brinco) y enterrar a las anteriores. En fin, leer en el periódico sobre un antiguo compañero de escuela recientemente muerto (“Langerhaus”) da pie para comprobar que sólo existió para nosotros, que nadie más supo de su existencia, que quizá lo conocimos en *otra* parte. ¿Es ahí, en esa *otra* parte, en donde el castillo de *Los elementos de la noche* nunca será destruido?

Pacheco incursiona por primera vez en la narrativa novelística de manera magistral con *Morirás lejos*, que

publicó por primera vez en 1967 y reescribió diez años después.

Aquí cabe destacar que José Emilio es un perfeccionista y, como Borges, a lo largo de su vida literaria ha dado a conocer diversas versiones de un mismo texto, siempre con la intención de mejorarlo, de ajustar las palabras para la mejor expresión literaria. Su estilo —lo que podríamos llamar la *malicia* de su estilo— está siempre tan vivo en cada lectura o relectura, y es de tan fresco colorido y natural que, precisamente, sorprende con ojos de asombro al coleccionista que mira a la mariposa salir de su crisálida, por más que haya observado ese hecho insólito ininidad de veces con anterioridad.

Escribió Pacheco en el prólogo a *La sangre de Medusa*:

John Updike dice que la función primitiva del escritor fue servir como banco de la memoria e iluminar cuestiones esenciales para la identidad de la tribu: quiénes somos, quiénes fueron nuestros heroicos padres, cómo llegamos adonde estamos, por qué creemos lo que creemos y por qué actuamos como actuamos. El autor no pronuncia sus propias palabras sino da únicamente su versión de lo que le contaron. No sólo es él mismo sino también es simultáneamente sus predecesores. Forma parte del tejido de su tribu. Proclama en voz alta lo que todos saben o deberían saber y todos necesitan volver a escuchar. (De ahí parte) la idea de que los textos no están acabados nunca y uno tiene el deber permanente de mitigar su imperfección y seguir corrigiéndose hasta la muerte.

Por eso Pacheco decidió reescribir *Morirás lejos* y convertirla casi en otra novela, perfeccionando su mecanismo narrativo con precisión obsesiva y atroz belleza. La novela relata la historia de una persecución, de un genocidio, el del pueblo judío, recurriendo a dos niveles narrativos: la destrucción de Jerusalén por las legiones romanas de Tito y el exterminio de los judíos en los campos de concentración nazis (la historia), que son narrados o pensados por un misterioso personaje sentado en una banca de algún parque de la Ciudad de México (el individuo). El cruce de estas instancias nos sumerge en el horror de la historia.

Y no fue sino hasta 1981 que José Emilio Pacheco incursionó de nuevo en la narrativa, con la que se considera su obra más conocida: *Las batallas en el desierto*. Se trata, sin duda, de uno de los libros más leídos de las últimas décadas, no sólo porque es lectura obligada en las escuelas sino por su extraordinaria factura y su entrañable historia. En su aparente simplicidad, contrariamente a la intrincada complejidad narrativa de *Morirás lejos*, esta novela logra enmarcar una época fundamental de la historia de México y de su capital, a través de los recuerdos de un niño que vive en la época del alemanismo, durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Al mismo tiempo que el país está despertando, quizá precozmente, a la modernidad, el niño protagonista Carlos también se enfrenta al despertar amoroso, enamorándose sin esperanza de Mariana, la bella madre de su amigo.

Reléida hoy, parece acentuarse —y confirmarse— su profecía devastadora sobre nuestra ciudad. Visión inmaterial, puramente literaria, huidiza como el azogue y, sin embargo, esencialmente real, humana y palpable, como un prisma a través del cual el narrador cuenta su historia de amor y frustración y muestra el mundo horroroso —pero tan fascinante— donde todo sucede y él queda atrapado sin remedio.

Bajo su apariencia racional, toda novela domicilia materiales que proceden de los fondos más secretos de la personalidad de su autor. En *Las batallas en el desierto* —que de alguna manera continúa la línea trazada en sus obras narrativas anteriores—, el desastre afecta muy especialmente a quienes compartimos con su autor *aquella* colonia Roma, *aquella* escuela, *aquel* cine Balmori, *aquellos* libros, *aquel* imposible primer amor infantil.

La relectura de esta novela lleva a sus lectores a preguntarnos: ¿Por qué nos duele tanto el recuerdo? En buena medida, la devastación que nos muestra Pacheco es la devastación muy concreta de nuestro propio mundo, del mundo de cada uno de sus lectores.

Ante el desastre y la destrucción hay que tener los ojos muy abiertos. Ésta, parece decirnos José Emilio, es una de las más importantes funciones de la literatura: recordar a los hombres que por más firme que parezca el suelo que pisan y por más radiante que luzca el sol que los ilumina, hay demonios escondidos por todas partes que pueden, en cualquier momento, provocar una hecatombe.

Para quienes la literatura merece considerarse como una conquista verbal de la realidad, no hay mejor posesión de la cosa misma que su lectura. Así, sólo la literatura es capaz de impregnar a ciertas ciudades y recubrir las con una pátina de mitología y de imágenes más resistentes, mucho más resistentes al paso de los años, que su propia arquitectura y su historia “real”, tal como sucede con *Las batallas en el desierto*: la mejor forma de acceder a la Ciudad de México de esos años. Y ello se debe a la poesía que, desde las primeras líneas logra transmitirnos una realidad atroz pero suspendida y sutil. Ahí, aun la materia en descomposición de “ese desastre” parecería, sin embargo, haberse contaminado de cierta idealidad y estar disolviéndose íntimamente con la misma calidad evasiva que la luz, que la pasión por la luz. Porque, Pacheco lo sabe, a pesar de su visión devastadora, quizás haya aún algo rescatable. Nos dice en un poema de *Islas a la deriva* —que es mi predilecto y que no puedo dejar de citar cuando escribo de él:

En la madera que se resuelven chispa y llamarada,
luego en silencio y humo que se pierde,
miraste deshacerse con silencioso estruendo la vida.
Y te preguntas si habrá dado calor,
si conoció alguna de las formas del fuego,
si llegó a arder e iluminar con su llama.
De otra manera todo habrá sido en vano.
Humo y ceniza no serán perdonados
pues no triunfaron contra la oscuridad,
leña que arde en una estancia desierta
o en una cueva que sólo habitan los muertos.

Desde sus primeros textos, la visión del mundo de Pacheco ha sido la devastación, que no termina en la amargura, como podría esperarse, sino en el asombro.